

## BIBLIOGRAFIA

de perplejos entre 1187 y 1190 acaba con los movimientos críticos y se asienta la fama final que le rodeó hasta su muerte. Tanto fue así que al acaecer se impusieron tres días de luto y se decretó ayuno (p. 311).

Lo dicho, que no puede ser un resumen del libro de Heschel porque lo importante de una biografía es leerla, se conjuga en la obra con la exposición adecuada de las líneas generales del pensamiento filosófico de Maimónides: su afán por pensar a Dios, por conjugar la Biblia con la razón; su aristotelismo (cap. XIV), etc. Con particular atención a los detalles que hacen de su pensamiento algo original: el interés por la profecía (cap. III), su interpretación de la memoria y la imaginación (pp. 37-41), la teología negativa (p. 204), etc.

Si a esta exposición, que hemos pretendido mostrar, se le añade el rigor científico de sus anotaciones o la publicación de datos y textos inéditos —como por ejemplo su correspondencia con Ibn Akinin (pp. 240-6), o un poema de Said Ibn Sana'al Muk (pp. 27980)— se comprende que se trata de una extraordinaria obra cuya traducción es necesaria para el conocimiento de Maimónides.

JUAN GARCÍA GONZÁLEZ

KANT, I., *Pedagogía*, ed. Akal, Madrid, 1983, 112 págs.

La pedagogía tenía en la Universidad de Königsberg, al menos durante los años en que Krant impartió la docencia en ella, el rango

de disciplina meramente complementaria. Por ello, carecía de profesor específico y se encomendaba a la totalidad del claustro de profesores la tarea de impartirla. Como un miembro más, Kant tuvo, pues, que ocuparse de estas cuestiones. Las lecciones dictadas por él al respecto fueron recogidas en apuntes por su alumno Friedrich Theodor Rink y publicadas poco antes de la muerte de Kant, en el año 1803, con su expresa autorización. Así apareció la *Pädagogik*, incluida en el volumen IX de las *Kants Werke* (Akademiextausgabe, Walter de Gruyter, Berlín, 1968) que ahora se ofrece por primera vez, traducida por Lorenzo Luzuriaga y José Luis Pascual, al lector español. La presente edición incluye, además de la *Pedagogía*, tres apéndices breves constituidos por otros tantos artículos de Kant sobre cuestiones didácticas. Los dos primeros están dedicados al Instituto *Filantropinum* fundado por Basedow en Dessau, en 1774, mientras que el último se refiere a aspectos particulares de la educación moral, y fue publicado por Schubert en la primera parte del tomo II de la edición completa de las obras de Kant realizada por Rosenkranz-Schubert en 1842.

Antes de definir explícitamente la educación misma, y distinguir entre sus diversas modalidades, Kant aspira a mostrar el carácter ineludible de la educación. No se trata de una tarea opcional, que quepa o no emprender, sino un imprescindible requisito sin el que el hombre queda esencialmente mutilado, sin posibilidad de desarrollar sus propias y específicas capacidades. «El hombre —dice Kant— es la

## BIBLIOGRAFIA

única criatura que ha de ser educada» (p. 29). La razón, sorprendentemente cercana a la noción de *Instinctlosigkeit* propuesta por A. Gehlen, está en que el hombre «no tiene ningún instinto» (p. 30), y, en consecuencia, no le está garantizada la índole de las respuestas que ha de dar. Por el contrario a él compete la empresa de construirse su propio plan de conducta. «Pero como no está en disposición de hacérselo inmediatamente, sino que viene inculto al mundo, se lo tienen que construir los demás» (ibid.). Es decir, las disposiciones con que el hombre nace equipado han de desarrollarse si no se quiere anular sus virtualidades. «El hombre —sostiene Kant— debe desarrollar sus disposiciones para el bien; la Providencia no las ha puesto en él ya formadas; son meras disposiciones y sin la distinción de la moralidad» (p. 34). Sin el oportuno desarrollo de semejantes disposiciones el hombre no se logra de forma acabada. «Únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre. No es sino lo que la educación le hace ser» (p. 31). El gran secreto de la perfección de la naturaleza humana se halla, consecuentemente, en la educación.

Pasemos ahora, tras haber indicado el fundamento de su necesidad, a ocuparnos de la educación en sí misma. «Entiendo por educación —dice Kant— los cuidados (sustento, manutención), la disciplina y la instrucción, juntamente con la formación» (p. 29). La terminología kantiana no se mantiene constante, sino que sufre algunas modificaciones que pueden confundir al lector. En efecto, en otras ocasiones, a la parte de la educación

que tiene que ver con los cuidados la llama educación física (p. 45) y a la que se ocupa de la formación —referida tanto a la habilidad como a la prudencia como, en fin, a la moralidad— la denomina educación práctica o moral.

De la educación física se ocupa Kant en la primera parte del Tratado (pp. 47-77). Es de dos tipos: la referida al cuerpo, que no aspira más que a evitar «que los niños lleguen a ser flojos» (p. 54), es decir, a lograr un oportuno endurecimiento que impida caer en la mollicie (pp. 50, 54) y la referida al espíritu «que, en cierto modo, también se puede llamar física» (pp. 55, 61). Sorprende esta terminología aplicada tanto al cuerpo como al alma. Kant argumenta al respecto como sigue: «Hay que distinguir la naturaleza de la libertad. Dar leyes a la libertad es muy otra cosa que formar la Naturaleza. La naturaleza del cuerpo y la del alma están de acuerdo en que se ha de impedir perturbar su recíproca educación, y en que el arte aún ha de añadir algo tanto a una como a otra. Por consiguiente —de alguna manera— puede llamarse física a la educación del alma como a la del cuerpo» (p. 61).

La segunda y última parte del Tratado la dedica Kant a la educación práctica (pp. 79-93). Dentro de ella, el regiomontano distingue tres modalidades perfectamente diferenciadas. La primera es la «formación escolástico-mecánica que se refiere a la habilidad» (p. 45). Este tipo de formación, que otras veces denomina instrucción —o parte positiva de la educación a diferencia de la disciplina que es la meramente negativa—, «proporciona la

## BIBLIOGRAFIA

habilidad, que es la posesión de una facultad por la cual se alcanzan todos los fines propuestos» (p. 38). Debe ser «la primera y más antigua» (p. 45). La segunda es la formación pragmática que se refiere a la prudencia, por la que aprende «tanto a dirigir la sociedad pública a sus propósitos como adaptarse a ella» (ibid.). Como puede verse, la noción kantiana de prudencia nos parece de las más insuficientes de cuantas aparecen en esta obra —sobre todo si la comparamos con el hondo significado que el pensamiento clásico le atribuye— que, como queda dicho, no consiste más que en cierta astucia que va a permitir al hombre adaptarse «a la sociedad humana para que sea querido y tenga influencia» (p. 38). Finalmente, el tercer tipo de formación es la moral, que se refiere a la moralidad, «pues el hombre no sólo debe ser hábil para todos los fines, sino que ha de tener también un criterio con arreglo al cual sólo escoja los buenos» (pp. 38-39). Si la instrucción da un valor al hombre «en cuanto a sí mismo como individuo» y «la educación por la prudencia le hace ciudadano porque adquiere un valor público», la formación moral proporciona al hombre «un valor en relación con toda la especie humana» (p. 45).

Junto con el del gobierno, el arte de la educación es el descubrimiento más difícil. Como todo arte, el de la educación sigue un proceso «o bien *mecánico*, sin plan, sujeto a las circunstancias dadas, o *razonado*» (p. 35). Como todo arte de la educación que procede de forma sólo mecánica está sujeto a errores inevitables, pues carece de

plan en que pueda fundarse adecuadamente, «el arte de la educación o pedagogía necesita ser razonado, si ha de desarrollar la naturaleza humana para que pueda alcanzar su destino» (ibid.). El principio fundamental del arte de la educación, tal como Kant la entiende, es de carácter cosmopolita, «conforme a un estado mejor, posible en lo futuro, de la especie humana; es decir, conforme a la idea de humanidad y de su completo destino» (p. 36).

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS

LEÓN SÁNCHEZ, Juan Carlos, *Análisis proposicional y Ontología. Estudio a través de Strawson y Geach*. Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1984, XVI + 231 págs.

«La valoración positiva o negativa de la metafísica depende, en última instancia, de la medida en que se atenga al uso real de los conceptos o, dicho de otro modo, a la estructura real de nuestro pensamiento acerca del mundo. Pero, ¿cómo podemos determinar cuál de entre las posibles estructuras del pensamiento es la «real»? (p. 36). Este es el núcleo problemático fundamental que preside la reciente obra del Prof. León Sánchez. La transformación de la filosofía trascendental en filosofía analítica y la apertura de ésta a la metafísica constituyen —siguiendo a Llano— la perspectiva precisa para afrontar un estudio riguroso de la obra de Peter F. Strawson, autor de *The Bounds of Sense* (1966) y, al mis-